

Un comentario sobre la historiografía contemporánea

Cecilia Monteagudo

Pontificia Universidad Católica del Perú

El libro de Liliana Regalado de Hurtado, *El rostro actual de Clío. La historiografía contemporánea: desarrollo, cuestiones y perspectivas* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2002), da inicio a una serie que con mucho acierto ha impulsado el Rectorado de la Pontificia Universidad Católica del Perú en las áreas de Artes, Ciencias y Humanidades.

En palabras de la propia autora, este libro se presenta como una revisión de la historiografía contemporánea orientada a promover la reflexión y discusión de las características de la disciplina histórica, en particular de cara a los retos y posibilidades que el desarrollo reciente de las ciencias plantea a la historia. Respecto de dicho propósito general, consideramos que lo primero que destaca en este libro es el hecho de que la reflexión que se desarrolla en él, además de representar el fruto maduro de años de docencia e investigación en torno a los temas abordados, es también una genuina invocación a un trabajo interdisciplinario al que estamos llamados como intelectuales del siglo XXI.

En este sentido, si bien puede afirmarse que esta obra representa un aporte a la Teoría de la Historia, en lo que respecta al balance que ofrece sobre la situación historiográfica contemporánea, así como a las líneas de proyección al futuro que se presentan en el último capítulo, también estamos ante un texto que, de manera particular, suscita la reflexión de la filosofía de la historia del presente.

Lo anterior, lejos de tener un carácter meramente retórico, tiene que ver con las condiciones actuales de la filosofía de la historia. En nuestro concepto, la filosofía de la historia contemporánea, que ha sobrevivido a la crisis —y, para algunos, al fin— de las filosofías de la historia de la modernidad (léase visiones unitarias y totalizantes del curso temporal), está hoy precisamente comprometida con la historicidad de la existencia en todas sus expresiones y consecuencias, tanto epistemológicas como éticas y culturales.¹ Pero dicho compromiso no debe entenderse como un cuestionamiento a la producción misma de narrativas desde las cuales comprender el sentido de los hechos históricos particulares, sino más bien a su ontologización y al ocultamiento de su inevitable carácter parcial.

De este modo, partiendo de las expresiones de la propia Liliana Regalado en el sentido de que “la historiografía de nuestros días está ante la irrenunciable labor de elevarse al ámbito de lo teórico” (p. 128), consideramos que es posible identificar diversos niveles en la reflexión teórica sobre la historia que habría que recorrer. Igualmente debe advertirse la complementación que existe entre la reflexión orientada a la discusión y producción de modelos teóricos para el conocimiento del pasado, y la que más bien se coloca en una etapa previa o anterior a las metodologías científicas. Es decir, en ambos casos estaríamos hablando de una razón que vuelve sobre sus propios pasos, pero en la segunda modalidad la finalidad es hacer justicia, en la propia dinámica autorreflexiva, precisamente a esa historicidad del existir del hombre y de todas sus producciones culturales, entre ellas la de la propia ciencia histórica.

En esta misma perspectiva, también consideramos que es posible leer la invocación de la autora a elevarnos al ámbito teórico, en términos de lo que hace más de siete décadas Edmund Husserl llamó una confrontación con la “significación

¹ En este sentido puede afirmarse que tanto los planteamientos respecto de la historicidad del filósofo alemán Hans-Georg Gadamer (1977), así como diversos ensayos de Gianni Vattimo (1991 y 1996), son ejemplos representativos de una filosofía de la historia contemporánea posterior al fin de las filosofías de la historia modernas.

vital” que pueden tener las ciencias en general, y en particular la historia.² Todo ello, sin duda, de cara a las condiciones culturales del presente en la era de la globalización y la información. Los comentarios que siguen se enmarcarán entonces en el segundo nivel de reflexión antes aludido.

De la variedad de cuestiones y perspectivas que este libro ofrece en sus tres capítulos —el primero está dedicado a presentar los antecedentes modernos de la disciplina y la revolución historiográfica del siglo XX, marcada particularmente por el marxismo y la escuela de los Annales, el segundo pasa revista a la riqueza y complejidad de la historiografía finisecular y el tercero aborda algunos problemas teóricos que compensan largamente el inevitable carácter enumerativo de toda revisión sumaria—, nos hemos propuesto destacar tres problemas teóricos que recorren el libro y que yo interpretaría, tomando pie de las afirmaciones de la propia autora, como los desafíos más decisivos y urgentes que la ciencia histórica debería resolver.

Estos tres problemas, que serán solamente esbozados en los límites de esta nota, son los siguientes: en primer lugar, el necesario ajuste de cuentas con la herencia del positivismo y la irrenunciable aspiración al rigor científico de la historia. En segundo lugar, y en conexión con el primer tema, la revisión de ese relativismo que la autora presenta una y otra vez como una amenaza a resolver por la historiografía del presente, sobre todo de cara a su rostro postmoderno radical. Y finalmente la tarea de construir un horizonte dialógico donde deben replan-

² Tomamos la expresión “significación vital” del famoso texto de Husserl *La crisis de las ciencias europeas como expresión de la crisis vital radical de la humanidad europea* (Husserl 1991 [1936]: 3-19). En dicho texto Husserl aborda el problema de la reducción positivista a mera ciencia de hechos e interpreta la crisis de la ciencia como pérdida de su importancia y significación para la vida. En su concepto, la ciencia positivista, precisamente por hacer abstracción de todo lo subjetivo, excluye por principio las cuestiones que son las más candentes para unos seres sometidos a mutaciones decisivas, es decir las cuestiones relativas al sentido y sin sentido de esta entera existencia humana. Al respecto la actualidad de estas afirmaciones husserlianas escritas en la década del 30 del siglo pasado resulta, por decir lo menos, sorprendente.

tearse los conceptos de objetividad, de verdad y método y el de la propia *praxis* científica de la historia.

1. El necesario ajuste de cuentas con la herencia del positivismo y la irrenunciable aspiración al rigor científico de la historia

Sobre el primer tema, sin duda, una convicción que recorre el libro y que aparece en el balance final que la autora nos ofrece es la idea de la crisis del enfoque positivista de la historia y en general del positivismo como marco teórico dominante de la práctica científica actual. Todo ello a favor de una visión más abierta y plural de la historiografía contemporánea.

Asimismo, en atención al propósito del libro de promover la autorreflexión en el quehacer de la historia, la autora no duda en afirmar que el más grave error del positivismo fue precisamente olvidar que todo método o forma de acercarse y develar el sentido del pasado implica una postura teórica (p. 127). Lo que aunado a su ideal científicista fue estrechando el margen de cuestionamientos que los historiadores positivistas podían plantearse (p. 22).

Sin embargo, pese a estas afirmaciones críticas, la autora también es enfática al sostener que en el siglo XIX el carácter científico de la historia se definió de la mano del positivismo contra la exaltación romántica del pasado (p. 20), hecho que marcaría de manera definitiva la historiografía, al punto de tener que reconocer la huella del positivismo a lo largo de todo el siglo XX (p. 93). A lo que añade, en el último capítulo, que la nueva etapa que se abre para la ciencia histórica no puede entenderse divorciada de la modernidad, sino que más bien se encuentra ante el reto de tener que conciliar el cambio con la tradición (p. 97).

De lo señalado en los párrafos anteriores puede percibirse una cierta tensión en la manera como la autora se confronta con esta herencia positivista de la ciencia histórica. Pues por una parte reconoce aportes en dicha herencia, en particular en lo referente al aparato crítico, al uso de las fuentes y al ordenamiento de los hechos. Pero por otro lado, considera que sería la

propia rigidez del enfoque positivista, y del reduccionismo metodológico que le es propio, lo que tarde o temprano llevaría a su debilitamiento y al despertar de diversas reacciones que se darán en el ámbito de la filosofía y la teoría de la historia desde fines del siglo XIX y durante todo el siglo XX.

De este modo, la autora no duda en destacar que el rechazo al positivismo se produjo inicialmente desde la escuela filosófica alemana de la hermenéutica. A lo que nosotros nos permitimos precisar que ésta en realidad confluye con una crítica desarrollada inicialmente por la fenomenología y en la que Husserl, en la obra ya citada, acuñara la famosa advertencia de que “meras ciencias de hechos hacen meros hombres de hecho” (Husserl 1991 [1936]: 6).

Vemos, entonces, que pese a la autoconciencia que la autora exhibe en torno a los problemas del positivismo, no deja de mostrar las consecuencias problemáticas que se siguen del abandono de dicho modelo teórico. Además de mostrar su preocupación por no caer en el “dilema del péndulo”, que a su juicio habría motivado a muchas disciplinas sociales a oscilar entre un “objetivismo realista” y un “relativismo deconstructivo” extremo (p. 117).

Las reservas que expresa la autora para afrontar los problemas que se derivan de la herencia positivista nos parecen totalmente legítimas, pero al mismo tiempo vemos que estaría pendiente para la historiografía contemporánea un trabajo más radical de crítica y revisión de la conceptualidad positivista en la que se ha desarrollado, y cuya sedimentación en los imaginarios y marcos teóricos de los investigadores no ha dejado de ejercer una importante influencia. En este sentido, el propio libro nos ofrece ejemplos de cómo corrientes que surgieron con un espíritu de apertura y ampliación de temas en el quehacer histórico, como es el caso de la escuela de los Annales, habrían conservado, sin embargo, remanentes positivistas (p. 29).

Sin duda, la filosofía contemporánea fundamentalmente en corrientes de raigambre hermenéutica y fenomenológica viene protagonizando esta renovación conceptual que le ha permitido emanciparse del imperio del positivismo, y de lo que el filósofo Gadamer, principal exponente de la filosofía hermenéutica, llama el reduccionismo del pensamiento metodológico. En este

sentido, obras del siglo XX como *Ser y Tiempo* (1927) de Martin Heidegger; *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental. Una introducción a la filosofía fenomenológica* (1936) de Edmund Husserl; *Verdad y Método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica* (1960) de Hans-Georg Gadamer; *La lógica de las ciencias sociales* (1982) de Jürgen Habermas, y en otra tradición filosófica *Las investigaciones filosóficas* (1953) de Ludwig Wittgenstein y *La estructura de las revoluciones científicas* (1962) de Thomas Kuhn son ejemplos excepcionales de este ejercicio de transformación conceptual y de resignificación de las nociones de verdad, saber, método y ciencia, entre otros conceptos.

Pero cabe precisar que el trabajo de renovación conceptual que está pendiente para la historiografía tiene que hacerse desde dentro su propia *praxis*, y en atención a los dilemas que enfrenta. En este sentido, ninguna filosofía podrá prescribir cómo éste deba hacerse, sino tan solo impulsar una autorreflexión radical al interior de la cual no solo se transformen los conceptos, sino los propios historiadores y su disposición hacia el saber y el conocimiento.

En este sentido, la autora cuestiona con acierto en el postmodernismo norteamericano la pretensión de una ruptura radical con la modernidad, y en particular con la tradición que ha dado origen a la ciencia histórica. Ello no significa, sin embargo, que debamos entender la tradición en un sentido estático y como algo que nos somete ciegamente a su poder. Más bien, tomando pie del enfoque hermenéutico contemporáneo, es posible entender la tradición marcada por el dinamismo y la apertura, como albergando en su interior la posibilidad continua de su renovación conceptual.

En esta línea de interpretación, Gadamer nos muestra, por ejemplo, de qué modo la lucha librada por la filosofía del siglo XX contra el positivismo se vio beneficiada con la aparición de conceptos como el que la fenomenología husserliana acuñara con la expresión "mundo de la vida". Desde su perspectiva, la filosofía contemporánea experimentó una decisiva transformación que no dejó al objetivismo positivista indemne, después de que Husserl, con la introducción del concepto de "mundo de la vida", denunciara los efectos alienantes en la *praxis* social y cultural que traía el reduccionismo positivista; al mismo tiempo que proponía con este concepto un freno moral y político a las

aspiraciones monopólicas de la ciencia. Porque el "mundo de la vida" significó para Husserl la rehabilitación de un ámbito que precede a toda práctica científica, y la hace posible junto con toda otra expresión cultural. Del mismo modo, puso de manifiesto la mediación cultural e histórica que hay en toda producción intelectual, y la manera como la "verdad" se constituye siempre desde una etapa previa a la lógica de la investigación científica.

Sin duda, la lucha de las mencionadas corrientes filosóficas contra el positivismo y todas las deformaciones científicas que se siguen de él está lejos de haber terminado. Pero creo que resulta un buen ejemplo, y un mérito de estas corrientes, el que podamos comenzar un nuevo siglo teniendo ya los recursos conceptuales para desenmascarar la pretendida neutralidad del positivismo, y su afinidad frecuente con la intolerancia, no solo intelectual sino ético-política. Asimismo consideramos que al presentarse como una postura que excluye todo horizonte dialógico, no vemos cómo podría adaptarse a una era globalizada, que se encuentra ante los desafíos del diálogo intercultural y de la paz mundial por mencionar solo algunos de los que tiene que enfrentar.

2. El fantasma del relativismo y el imperativo de construir un paradigma dialógico para el saber histórico

En relación con el primer problema teórico, consideramos que también es un desafío de la autorreflexión antes señalada, el de preguntarse si realmente es legítimo el temor que parece perseguir a la historiografía contemporánea después de su lenta ruptura del paradigma positivista. Es decir, nos referimos al temor a caer, en términos del propio texto, en un relativismo o subjetivismo fragmentador que se habría infiltrado en las historiografías del fin del siglo de corte postmoderno.

Desde nuestra perspectiva, la alusión a este temor nos parece uno de los puntos más problemáticos del texto, y persistente a lo largo de los diferentes capítulos. Por mencionar algunos ejemplos, en el segundo capítulo vemos cómo este temor se expresa en términos del riesgo en el que estaría la ciencia con-

temporánea de perder en medio de sus transformaciones la estabilidad y caer en la eventualidad (p. 52). En el tercer capítulo, luego de una revisión crítica del postmodernismo norteamericano que valora positivamente la atención que este tiene a áreas marginales de la historia y al relativismo que le permite reconocer las diferencias de raza, género, clase, etc., se señala más bien que dicho relativismo debería manejarse prudentemente, para no caer en una fragmentación del saber histórico (p. 116). Y finalmente encontramos la misma tensión, cuando la autora reconoce como uno de los aspectos más positivos de la historiografía contemporánea el haber ganado una concepción de conocimiento que pone el énfasis en los procesos individuales y colectivos de construcción de la realidad; sin embargo, de inmediato advierte que todo esto solo puede ser interesante siempre y cuando no se caiga en el absoluto relativismo (p. 114).

Sobre lo anterior estamos persuadidos de que la historiografía contemporánea ya está en condiciones de enfrentar resueltamente estos temores, leyendo en su propio devenir, y en diálogo con la filosofía y las otras disciplinas humanísticas, las condiciones para el cambio conceptual. Porque solo desde la construcción de un nuevo paradigma historiográfico, a lo que sin duda apunta el texto, será posible abandonar la idea de una subjetividad atómica y solipsista en favor de una subjetividad que, como diría Gadamer, primero es tradición viva, lenguaje, conceptualidad, comunidad y punto de cruce de formas de organización social y económica, antes que reflexión desvinculada de sus contextos vitales. En tal sentido, el temor a caer en un subjetivismo extremo se diluye a la luz de esta renovada subjetividad contemporánea, que emerge después del replanteamiento que viene experimentando el paradigma científico moderno a lo largo del siglo XX.

Finalmente, el ejemplo que nos ofrece la propia autora sobre el "Manifiesto historiográfico 2001" —una suerte de red virtual de historiadores que nos muestra el mejor rostro de esta era informatizada—, no puede ser sino el síntoma de los buenos vientos que rodean a la historia, y que esta no puede desaprovechar. Porque precisamente se trataría de una voluntad de diálogo que toma la palabra y que permite visualizar la inter-

subjetividad de trasfondo que nos constituye como sujetos en el mundo, en un lenguaje y en tradiciones vivas, capaces de abrirse al intercambio y al enriquecimiento mutuo en el diálogo intra e intercultural.

De este modo, solo en un horizonte dialógico que la historiografía contemporánea debe construir con todos los recursos que estén a su alcance, será posible encontrar nuevos sentidos para los viejos conceptos de verdad, saber, objetividad y método.

Bibliografía

- GADAMER, Hans-Georg
1977 *Verdad y método. Fundamentos para una teoría de la experiencia hermenéutica*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- HUSSERL, Edmund
1991 [1936] *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental. Una introducción a la filosofía fenomenológica*. Traducción de J. Muñoz y S. Mas. Barcelona: Crítica.
- VATTIMO, Gianni
1991 *Ética de la interpretación*. Barcelona: Paidós.
1996 *Filosofía, política, religión. Más allá del pensamiento débil*. Asturias: Nobel.